CAPITULO IX.

Una vida nueva brotó de la tierra con la piedra de la ciudad. Despues de haber emigrado sucesivamente del estado frugívoro al de cazador, del estado de cazador al de pastor, del estado de pastor al agrícola, el hombre llegó en fin al estado político, última jornada de su peregrinacion. No ha pasado, sin duda alguna, en union y con órden, á la misma hora y como á toque de campana de un progreso á otro. El período siguiente no se ha abrogado completamente el primer período. Todas las civilizaciones, al contrario, han marchado mezcladas, retrayéndose y rechazándose mútuamente, adelante ó hácia atrás, aliadas ó enemigas, á la misteriosa conquista.

La tribu cazadora no desapareció ante la tribu pastoril, ni ésta ante la ciudad. Ha habido durante mucho tiempo distintas razas bajo el mismo sol, más ó ménos bárbaras, más ó ménos disciplinadas de inteligencia. Estas razas se han encontrado, se han confundido unas en otras por la guera ó la invasion. La fuerza ha triunfado de la debilidad; el pensamiento ha dirigido la ignorancia. Las ciudades han afluido sobre otras ciudades, y despues de haberlas reunido ó atraido á sus leyes las han convertido en provincias. La civilizacion siempre espansiva ha formado las naciones de la reunion de varias ciudades, como habia formado la tribu de la reunion de varias familias.

Pero para regular las relaciones tan numerosas y tan intrincadas de gerarquía, de propiedad, la nueva sociedad exigia evidentemente mayor producto de pensamiento, y para producir este pensamiento, mayor cantidad de ócio. Cuando el hombre, aún recienvenido á la tierra, no pudo separar la parte de trabajo que le quedaba de la parte que sus antepasados hicieran, se vió obligado á desaparecer enteramente en la única preocupacion de su subsistencia. Nadie podia distraer un minuto para dedicarlo al pensamiento.

Para que las inteligencias escogidas pudiesen meditar y crear la ciencia, esa arma ofensiva y defensiva de la humanidad, la legislacion debia repartir oficialmente los cargos del Estado. Debió marcar con una señal á todo hombre y decir á cada uno: Tú labrarás; tú llevarás esta carga; tú afilarás el metal; tú cambiarás las riquezas; tú harás centinela en las fronteras, y tú en fin, vestido, defendido por tus vecinos, irás á

buscar en el aislamiento la inspiracion, contemplarás la naturaleza, levantarás su velo para penetrar sus misterios, para aspirar su alma esparcida por todas partes, para crear el lenguaje, la gramática, la poesía, la legislacion, la astronomía, la geometría, las matemáticas, la dinámica, la pintura, la escultura, la religion. El brahmanismo ha resuelto este problema, y para resolverle, no ha hecho mas que trasformar las tribus en castas, y redactar en instituciones las desigualdades nativas ó accidentales de razas que existian ya en la sociedad.

La India era la tierra predestinada para que la humanidad representara las primeras escenas de la civilizacion. Resumió en sí todas las edades y todos los séres del planeta. Recogió los restos vivos de los últimos cataclismos, el elefante y el hipopótamo, y por estos séres escapados del diluvio, se unió á las primeras creaciones. Así como el hombre, resúmen inteligente de todas las vidas, reproducia en su organismo los diversos reinos de la naturaleza, así tambien la India, síntesis brillante de la geografía, conciliaba en su territorio, en la vasta extension de sus fronteras, los productos de todos los países; al Mediodía, la vegetacion de los trópicos; al Norte, la vegetacion de Europa.

La naturaleza habia rodeado de montañas este primer taller de la civilizacion. La India, protegida contra las perpétuas irrupciones á mano armada que pudieran interrumpir sus pacíficos estudios, era por decirlo así, el campamento del pensamiento. Pero este era bastante para que la inteligencia, sin cesar activada y animada por el contacto y el conflicto de diversas

razas, no cayera en esa uniformidad, en esa paz de una sola raza que es la negacion del progreso y la muerte lenta de una sociedad.

Protegida por su clima y por la amistad de la naturaleza, subió la primera á la civilizacion, al pensamiento. Creó los códigos y los dogmas, ó mas bien, confundió los códigos y los dogmas con su teología, porque entónces la religion era la ciencia. El sacerdote era el sábio. Interpretaba el cielo á la humanidad. Hablaba en nombre de la inspiracion. Como él únicamente sabia reflexionar, observar, generalizar, fué en todas partes, por el invencible dominio de la inteligencia sobre la ignorancia, el legislador sagrado de las antiguas naciones.

Hé aquí, pues, la primera legislacion, ó por mejor decir, la primera organizacion del trabajo que promulgó al pié del Himalaya.

Cuando Brahma, el Dios generador, creó al hombre, engendró en su boca á Brahman, y le dió por esposa la escritura santa de los Vedas.

Brahma meditaba la escritura, y para proteger su meditacion en la soledad contra la rabia de los leones, Brahma sacó de su brazo derecho á Khatrya, el hombre del puñal, y de su brazo izquierdo á Khatryani, para casarla con Khatrya.

Khatrya hacia dia y noche centinela al lado de Brahman, y hubiera muerto de hambre sobre las armas, en su puesto, si Brahma no hubiera sacado de su muslo derecho á Vayssia, el hombre de la agricultura, y de su muslo izquierdo á Vayssiani la mujer de Vayssia.

Pero por mas que Vayssia trabajaba dia y noche,

su trabajo no bastaba para la racion del guerrero; entónces Brahma sacó de su pié derecho á Soudra, el hombre de la esclavitud, y le dió por mujer á Soudrani.

Cada casta, en esta arquitectura social, corresponde á un órden de trabajo. El brahman piensa, el katrya combate, el vayssia labra la tierra, y el soudra colocado en último término, sirve indistintamente á todos los demas. Los tres últimos reciben al nacer del brazo, del muslo, y del pié izquierdo de Brahma una compañera, miéntras que Brahman, el primogénito, el hijo predilecto, el primero á los ojos de la Divinidad, no halla al entrar en la vida con quien desposarse mas que la vírgen mística de la Escritura.

La accion del pensamiento ó lo que es lo mismo, del sacerdocio, no se trasmitia por el pensamiento, sino que se conferia por la iniciacion. El brahma se formaba no por la filiacion de la carne, sino por la del espíritu. Pero despues, la tendencia del hombre á legar á su hijo su dignidad trasformó el derecho del espíritu en derecho de sangre, y sustituyó la herencia á la iniciacion; y aún entónces el hijo del brahma no lo era por solo la herencia, sino que debia pasar por la prueba del segundo nacimiento y recibir la investidura del cordon.

Para explicar esta revolucion, la historia sagrada de la India cuenta que Brahman fatigado del celibato, pidió á Brahma una compañera, y que Brahma irritado con su súplica le dió una mujer de la raza de los génios malos; porque siempre en la teogonía andrógina de los primeros pueblos, la mujer representa el espíritu de las tinieblas.

Y, sin embargo, la religion ha penetrado ya más profundamente en el infinito, y ha sacado de esta entrevista una nocion más vasta de esta divinidad. Dios no es el Dios incoherente y confuso, del que cada familia se reparte un atributo, un frágmento. Al venir afluyendo de varios horizontes y de diversos cultos en una misma nacion, todas las tribus llevaron las concepciones esparcidas de la Providencia, y como esencial de la divinidad es el conspirar siempre por la unidad, este federalismo anárquico de idolatrías diversas acaba por disolverse y resolverse en la unidad del brahmanismo. El peregrino eterno del progreso no adora ya una parte de Dios por un sentimiento de terror ó de gratitud en una amenaza ó en un beneficio; le adora por reflexion, á sangre fria, en las fuerzas y armonías de la naturaleza.

Esta religion primitiva, aun impregnada de materialismo, empezó por edificar las funciones de la materia. Vió que la vida, esta *Masa* siempre movible, siempre ondeante, que sacudia los séres al jugar con los pliegues de un cinturon, que los hacia cambiar de destino por una continua alternativa de nacimiento y de muerte, de composicion y de disolucion; y no pudiendo unir estos dos fenómenos, estos dos instantes contrarios de la materia llamada á la vida, en una sola y única idea, los reparó y dió á cada uno un nombre particular de divinidad, llamó al primero Brahma, al segundo Siva.

La India debia de ser la primera patria el Dios

dualista, del Dios creador y destructor que crea y mata sin cesar; porque en ninguna parte del dualismo de las fuerzas de la vida y de la muerte, trata con más fuego en proporcion más grandiosa que á orillas del Indo. La naturaleza ardiente es allí exagerada en todos sus actos. En la época de la sequía, el sol desporjado de su aureola de rayos, toma el lívido color del cráter del volcan. Un polvo de fuego vaga por la atmósfera. Las fibras de la madera estallan, la sávia se seca, el rocío se evapora al tocar el suelo como si tocara fuego. La vegetacion incendiada pliega tristemente sus hojas, como impelidas por un sufrimiento. El tigre jadeante se arrastra por los pantanos, entre los juncos, y oprime con sus ágiles garras la urna medio secá del manantial para aspirar por todos sus poros las últimas gotas de frescura. La vida en suplicio continuo muere como en medio de la llama de una hoguera.

Pero, en sus últimos momentos, el ojo turbado del indio vé subir del lado del mar una inmensa bóveda de nubes, espesas y sombrías. Esta marea aérea, suspendida en el vacío, rueda sus largas olas en silencio. Pero cuando ha alcanzado las vastas tierras, anuncia la revolucion del aire por medio de prolongados truenos, á cuyo estampido se extremece el Himalaya asentado sobre sus antiguos cimientos de granito. Entónces la masa de agua acumulada en el cielo por el *monzon*, se deshace como una catarata, para penetrar en las hendiduras de la tierra; y al otro dia, una vida nueva, instantánea, improvisada, de yerbas, flores, cañas, insectos, lagartos, brota de todas las moléculas del

polvo, y susurra en el viento al sol. La nube errante, riega así el campo durante tres meses, y á su paso, el suelo tostado como el barro en el horno recobra su fecundidad y se corona de verdura.

Pero cuando las aguas de la tromba no hallan una pendiente para volver por los rios al mar, se agrupan en pantanos pestilentes en medio de los vastos valles: inunda la India con sus aguas, y sobre los restos de los árboles rotos y caidos, brotan nuevos árboles cubiertos de lianas. El aire no circula en esta noche de muerte, en este caos de vegetacion. Los animales feroces y venenosos, el tigre, la serpiente, apostados en siniestra emboscada, esperan á que pase el hombre. La atmósfera refrescada un momento por el *monzon*, vuelve á la canícula. La tierra seca de nuevo hace brotar á Siva. El viento sacude el vasto monton de miasmas acumulados y los esparce en peste por el Asia, la muerte barre con su soplo impuro pueblos enteros.

Cuando el hombre, todavía desarmado, luchaba con pena en el sufrimiento contra la enemistad de la naturaleza, llevaba el antagonismo de su vida á la religion; creaba dos divinidades rivales, la una fecunda, la otra asesina; y como encontraba más á menudo en su camino el mal que el bien, se prosternaba mejor en su melancolía, ante Siva que ante Brahma.

Por la misma razon creia mejor en la fatalidad que en la libertad de sus acciones. Conocia que su voluntad pesaba ménos que el mundo sobre su destino. No era á sus propios ojos más que el instrumento pasivo de una voluntad exterior escondida detrás de las nubes. Todo hombre nacido de mujer llevaba desde la cuna

su vida escrita en la frente por mano de Brahma, y ningun poder divino ni humano, ninguna providencia, ningun conjuro podia impedir se cumpliera esta misteriosa prediccion, profundamente grabada en el cuerpo con invisibles caractéres: inmutable, infalible como la sentencia, como la voluntad de bronce de la eternidad.

Durante siglos y siglos, Brahma y Siva, el nacimiento y la muerte, fueron los únicos dioses que adoraron los indios. Brahma y Siva representaban en su antinomia, las dos únicas alternativas que el espíritu humano podia entónces comprender. Nacer ó morir, era para el hombre, que no tenia aún cronología ni memoria, el mundo entero. Pero si el mundo sacudido por las olas flotantes de una eterna polingenesia, pasa continuamente de la vida á la nada, ó mas bien, muere contínuamente en la idea del Sivaismo, continúa, sin embargo, existiendo á través de este flujo y reflujo de destruccion y regeneracion. A medida que el hombre aumentó su vida con la herencia de las vidas pasadas, y aprendió á creer en la duracion por la suya propia, deificó el principio de conservacion, de perpetuidad, y le llamó Vichnú. Vichnú fué la tercera persona, la última en fecha, pero la primera en importancia de este triunvirato divino de la teogonía.

Y cuando, por el beneficio mismo del tiempo, la civilizacion se sintió con una provision más rica de existencias, mejor armada para la industria contra la naturaleza, y quiso introducir en la religion, y formular en dogmas sus nuevas adquisiciones de ideas, de sentimientos, y para cumplir estas revoluciones del santuario creó la teoría de las encarnaciones, no fué

ni Siva ni Brahma á quien quiso encarnar y trasfigurar; fué Vichnú, dios del primer progreso, á quien encaminó ocho veces por una lógica invencible á nuevos progresos á través de ocho metamórfosis de la divinidad.

Pero estos tres atributos de la vida, nacimiento, muerte y conservacion, no son los únicos opuestos entre sí, y que no pueden reducirse á una fórmula misma. Hay tambien lo que la antigüedad creia elementos: la tierra, el agua y el fuego, que son distintos y se hallan constituidos en estado perpétuo de antagonismo. La teología india les reserva un puesto en la trinidad; dá á cada dios el elemento que parece concordar mejor con sus actos: á Brahma, la tierra, esa vasta matriz que engendra los gérmenes de vida; á Siva, el fuego, ese soplo de ira que devora las mieses; á Vichnú, en fin, el agua, ese beneficio oculto que esparce la vida por las venas de la naturaleza; y simbolizó este dios triple, en un triple atributo, el *Loto*, flor de concha azul que participa de la tierra por sus raíces, del agua por su tallo, del aire por su corola.

El panteismo indio deificó así, no la idea concedida bajo los fenómenos, sino los fenómenos exteriores de la naturaleza. Por eso, siempre que la India hallaba en su camino un hecho, un acto general de la naturaleza que no se parecia á otro hecho ni á otro acto, debia necesariamente inscribir un dios nuevo, más ó ménos subalterno en el catálogo celeste de su teodicea; admitió sucesivamente en esta apoteósis ilimitada, al rio, al monte, al árbol, al mar, al planeta, y confió la administracion del universo á una innumerable gerar-

quía de contramaestres de la divinidad, representada bajo la forma de monos, elefantes, serpientes, leones, pájaros y tortugas. Llegó hasta hacer una diosa de cada nota de música, que otra diosa, la voluptuosa Apsara, hacia brotar de las cuerdas de su lira.

Despues de haber decretado la unidad de Dios en tres personas, la religion india volvia al politeismo por haberse equivocado de definicion, y seguia de sér en sér, de diversidad en diversidad, una unidad última, siempre fugitiva, siempre intangible, y que la arrastraba de idolatría en idolatría.

La intemperancia y la monstruosidad de vida que brota por todas partes bajo el sol de la India en colosales productos animales y vegetales, habia pasado á las concepciones mitológicas. Los cuerpos de los dioses eran inmensos, desproporcionados con las medidas de nuestros compases. El Himalaya, este gigantesco pedestal que llevaba más alto que ninguno al cielo la urna de nieve de los rios, amontonado sobre otro Himalaya, no puede alcanzar su estatura. Luchaban con mónstruos grandes como continentes. Vertian jugando el Océano en su copa para extraer la ambrosía.

Tomaban á voluntad é instantáneamente un desarrollo desconocido, fantástico, muchos brazos, muchas cabezas para alcanzar con una mirada, con una mano, hasta los últimos límites de lo infinito.

La poesía era, como la mitología, una metempsícosis del alma lujuriosa del suelo, encarnada en inconmensurables iliadas. Estas iliadas son mas impenetrables, más confusas, que esas selvas vírgenes en las que la vegetacion grande y tumultuosa, brota y se remonta sin cesar

mas allá de la vegetacion. Inmensos desbordamientos de la palabra, que necesitarian la vida de diez hombres para la composicion de un solo poema, maestros desordenados del espíritu humano, que confunden el diálogo y la epopeya, como los mónstruos sepultados por el diluvio confundian en sí la naturaleza del reptil y la del pez. Bocetos de la vida intelectual que prodiga sin descanso, como la otra vida, la materia en inmensos trozos en sus primeras creaciones.

En esta hora matutina de la historia, el indio apénas salido de manos de la naturaleza llevaba aun reciente la impresion de esta primera huella. Fraternalmente unido por un lazo de nacimiento con la vida universal, nacida como él y con él, sobre el planeta, amaba con inefable ternura á esta hermana de ayer hasta en la planta de la selva. Proclama al árbol sér religioso, sér vivo; le daba alma y destino. Muchas veces plantaba dos palmeras junto á la fuente, y las enlazaba con todas las ceremonias del matrimonio. Consideraba por esta razon, la naturaleza entera como la trasustanciacion perpétua de una misma vida, siempre única, que iba y venia continuamente bajo una forma ó bajo otra, de una criatura á otra. En virtud de esta creencia, inscribia en sus dogmas la metempsicósis ó la perpétua emigracion del alma á otras esferas de vida, inferiores ó superiores, segun las faltas ó méritos. El cuerpo de todo animal era un infierno vivo de una alma condenada á la espiacion, que recorria necesariamente, durante siglos, varios infiernos, y no se remontaba á su primera grandeza, sino despues de haberse revestido y despojado varias veces y varias veces más, del vestido grosero del animal.